

petir con las astucias de uno de nuestros menos instruidos Capitanes. Un corto número de Españoles se apodera de todo el Imperio Mexicano.

El hombre salvaje solo conoce, solo estima el valor. Todos ceden al mas fuerte, al mas esforzado. Las primeras sociedades, ó no tienen conocimiento de las Artes, ó son limitados. El numero, y el valor temen: combaten à pelotones; ignoran la formacion, la maniobra los movimientos regulares.

Un puñado de gente grosera y pesadamente armada de piedras, de mazas, de lanzas, acomete furiosamente á otro puñado. Los individuos pelean con los individuos: se mezclan y se confunden. Combaten con obstinacion y furor: destruyen para vencer, porque un Pueblo no se cree ni puede ser vencido sin ser enteramente derrotado.

El arte de la guerra hace progresos muy lentos. Otra será la ocasion de averiguar la causa tan particular, de este extraño fenomeno. Este es por mucho tiempo el modo de combatir: los Imperios del Asia no conocieron otro: multitud considerable de guerreros, seguidos de sus mugeres, de sus criados, de sus riquezas, venidos tumultuosamente en un cuerpo diforme y monstruoso, caían qual un impetuoso torrente sobre una Nacion vecina, la asolaban, la destruian, enteramente. Los campos eran talados, saqueados, abrasados, y aruinados sus habitantes parte eran barbaramente degollados, parte arrastrados cruelmente à una dura y perpetua esclavitud. Tal es el quadro que presentan las famosas conquistas de Semiramis, de Sesostris, de Ciro. Sus exércitos se componian de millones de combatientes: como resistirse á ellos en aquellos tiempos? ¿como formar en un instante otro cuerpo igual? todo debia ceder pues al Conquistador.